

## LITERATURA RUSA

## Maruja

Hace tiempo, cuando vivía en San Petersburgo, acostumbraba, al tomar un trineo de alquiler, emprender conversación con el cochero.

Me agradaba en especial charlar con los que hacen el servicio de noche, pobres labriegos de las cercanías que vienen á la capital trayendo carricoches de mala muerte, embadurnados de ocre y tirados por un jameigo, á ganar el pan — la renta para el amo.

Cierto día llame á uno de estos tales. Era un mozo de veinte años, fornido y robusto, de azules ojos y colorados carrillos. De su remendada gorra, calada hasta las cejas, se escapaban las sortijas de su rubio pelo, y un cafetán roto y menguado cubría á duras penas sus anchos hombros.

Parecióme que el bello rostro imberbe del cochero estaba triste y sombrío; charlamos, y noté que su voz resonaba dolórosamente.

— ¿Cómo tan triste, hermano? — le pregunté. — ¿Tienes alguna pena?

Al pronto no respondió.

— Sí, barino, tengo pena — dijo al cabo: — una pena tan grande que no hay otra como ella. Se me ha muerto mi mujer.

— Según eso, la querías mucho.

El mozo, sin volverse, agachó la cabeza.

— Barino, la quería. Ya va á cumplirse el octavo mes y no puedo olvidarla. Es una cosa que me roe aquí en el corazón, y acabóse. Yo no entiendo por qué se murió: era jóven y sana. En veinticuatro horas se la llevó el cólera.

— ¿Y era buena tu mujer?

— ¡Ay, barino — suspiró hondamente el pobre — éramos tan amigos! Y se ha muerto sin mí... Desde que supe aquí... pues... que la habían enterrado, al momento eché á andar para la aldea... para mi casa. Llegué... era más de media noche: entré en mi isba, me paré en medio y llamé muy bajito... ¡Maruja... eh, Maruja!... Y nada, nada más que el canto de un grillo en un rincón... Entonces me eché á llorar, me senté en el suelo y pegué en él con la mano, dicien-

do: — ¡Ah, vientre hambriento, te la has tragado: trágame á mí también! María... ¡Ay, María! — repitió con enronquecida voz.

Y sin soltar las riendas de cuerda se enjugó una lágrima con un guante de cuero, la sacudió de soslayo, agachó los hombros y no pronunció una palabra más.

Al bajarme del trineo le dí buena propina: saludóme hasta el suelo, quitándose la gorra con ambas manos; volvióse, tomó un cansado trote-cillo sobre la helada sábana de la calle desierta, invadida por la bruma gris del frío Enero.

IVÁN TURGUENEF.



## RATLLES

Hi ha moments en que, sense cap motiu, una tristesa infinita s'apodera de la nostra ànima. Tot ens somriu: sabem que hi han éssers qu'ens estiman; qu'uns llabis murmuran dolçament nostre nom, qu'uns ulls reflexan l'amor que 'ns té la dona aymada, qu'á dintre de son niu, lo pit blanquíssim com el cigne, un cor batega alhora ab el nostre... Sabém tot aixó, tot lo que concorre á fer la felicitat nostra, y, no obstant, una tristesa molt trista s'arrapa fortament á la ànima. Y aquesta tristesa subtil, fins un xich dolsa, apareix sobtadament, quan res la justifica, incontrastable, ab tota la forsa que dona lo inconscient.

¿Es tal volta la tristesa del viure?

Pero ¿el viure pot donar tristesa?... Es certament aixó un fenomen psicológich incompreensible.

Sols sumergimme en tu ¡oh Naturalesa augusta! es desvaneix aquest núvol, que no sé d'ahont ve ni cóm se forma, aquesta tristor-malaltissa.

Lluu esplendent el sol, lo poderós pare de la vida; els camps. ab tons d'esmeragda, s'extenen al lluny fins perdres en las montanyas violeta; clapejantlos casetas arreu brillan blanquíssimas. Apar sentirse el bategar de la terra, en sa misteriosa gestació; una alenada feconda omplena l'espai... ¡Qué n'és de bonich tot aixó... quan la ànima també es esplendent, quan s'es jove! Sols aixís la tristor fuig, al rebre la impressió grandiosa de lo que es.

Sortím, sortím de la ciutat humida que no